Nada ni nadie.

Intencionadamente.

Image not found.

Capítulo 1

Jamás creí que algún día sería capaz de decir las cosas que me rondan continuamente por la cabeza, los pensamientos que yo creo que me hacen especial, pero que en la cabeza de otro ser humano serían probablemente una de las mayores tonterías que llegase a procesar su cerebro (siendo muy optimista). Pero son mis tonterías joder, los pensamientos absurdos que me rondan la cabeza nada más despertarme. Bueno, despertarme, cagarme en Dios, pensar en la siesta de la tarde (que cualquier día entrará en el libro Guiness de los Records) y entonces sí, chorradas venir a mí.

En cierto modo ir sola por la calle en pleno mes de Abril, con tiempo cambiante, música y mi mente, me hacía extrañamente feliz. Me encanta la sensación de ir observando a la gente pasear, a las ancianas llevarte por delante y mirarte echándote la culpa (me encanta cuando no me lo hacen a mí, obviamente), ver a la gente acelerada por las prisas y por raro que parezca, me encanta la elegancia que desprende una persona ciega al andar. Con su bastón moviéndose como el segundero de un reloj de pared, la seguridad que le provoca este elemento a la hora de pisar firme sobre los adoquines (a lo que por cierto tengo que añadir que los chicles que llevan desde que Cristo fue crucificado, le dan su encanto) y a la vez, la inseguridad que les inunda cada vez que llegan a una esquina.

Pero ese chico en concreto me llamaba la atención, con su bastón blanco, sus Ray-Ban y una sonrisa en la cara, que para que mentirnos, además de bonita era contagiosa. Me sorprendió a mí misma darme cuenta de que no podía dejar de mirarlo (quizá fuese porque el semáforo estaba en rojo y era lo único que merecía la pena observar). Admito que soy una persona tímida y poco convencional, muy reservada y con miradas que serían capaces de mover todas las placas tectónicas de La Tierra y hundirte en la mayor de las profundidades si me tocabas las narices. Es decir, la amabilidad, la sonrisa siempre puesta y las ganas de contentar, no eran uno de mis fuertes.

Cuando una señora mayor me miró como si me estuviese arrancando uno a uno mis pelos de la cabeza y sustituyéndolos por sus canas, me di cuenta de que el semáforo estaba verde.. “Joder, esta canción me encanta”. Si el resto de seres que están cruzando la pudiesen oír, nos montaríamos un flashmove…

-¿A ti qué coño te pasa, imbécil?

Admito que me salió solo, mis neuronas dejaron de funcionar y mi lengua salió sola a pasear, pero ese anormal se lo merecía. No sé por qué me dio por mirar al frente cuando un chaval y su séquito lo arrollaron y le rompieron su bastón en trozos irrecuperables. ¿De qué coño iba ese

imbécil? ¿Por qué coño nadie hacia nada?

-¿Tú sabes quién soy yo?- oí mientras me agachaba para intentar ayudar al pobre agredido. Me giré y lo vi con paso firme acercarse a mí. Mi vena hinchada y mi lengua mordida luchaban a muerte para ver quien salía a relucir. La lengua siempre ganaba, pero mi vena hacía acto de presencia en los mejores y peores momentos.

-Sí, un subnormal.- me volví a inclinar para levantarle, ya que bastante humillante era que te peguen en la calle sin que nadie haga nada, que te defienda una chica y que no seas capaz ni de levantarte. Por el rabillo del ojo volví a ver que se acercaba más a mí y me descontrolé.- ¿Qué coño quieres? ¿Me vas a pegar a mí también?-cuando negó con la cabeza y lo vi mirar al suelo, mi ego y mi mala hostia se emocionaron.- ¡PUES LÁRGATE!

Me cegué y puede que me oyesen hasta en Burgos, pero hay pocas cosas que sobrepasan mis límites y mi cordura, y una de ellas, es la injusticia. ¿Qué clase de animal puede ser capaz de arrojar a una persona con cualquier tipo de discapacidad, romperle el único objeto que le hace sentirse libre al caminar, pavonearse alrededor y amenazar a la única persona que ha sido capaz de acercarse? ¿Qué clase de sociedad tenemos que observa la escena como quien ve a una paloma cagarse en tu balcón y pasearse orgullosa? ¿Quién mierdas era ese tipo?

Ahora mismo no os puedo decir si era guapo, feo, alto, gordo o un enano de jardín. Estaba más preocupada en levantar al pobre chico que seguía inmóvil sin enterarse prácticamente de lo que acababa de suceder. Por suerte, si me volvía a encontrar con la bestia esa no la reconocería, si no, la volvía a preparar, de eso estaba segura. Cuando por fin conseguí ponerlo en pie, me encaminé hacia su bastón y lo recogí, bueno, recogí un 80%, el resto estaba esparcido por toda la calzada en minúsculos trozos de plástico. Menuda panda de cabrones.

-¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho daño? ¿Te duele la mano? ¿La pierna? ¿El codo?...-vale, admito que cuando me pongo nerviosa y no sé qué tengo que hacer, hago muchas preguntas.

-Relájate, que parece que te hayan pegado a ti…-sonrió y yo flipé- ¿Está roto?

-Casi desintegrado.

-Mierda.

La cara que se le quedó cuando le puse en la mano lo que había sido de su fiel amigo, me puso todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo de

punta, y no soy muy impresionable.

-¿A dónde ibas? ¿Te acompaño? ¿Llevas otro de repuesto? Doy por hecho que no, pero por si acaso… Nunca se sabe. Es como llevar un boli, nunca sabes quién puede tener y quien no, ¿no crees?-no sé exactamente cuál de los gestos de su cara fue el que me invitó a que me callara, pero lo pillé rápido (algo poco frecuente y de admirar).

-¿Nunca tomas aire entre pregunta y pregunta? Por un momento he llegado a pensar que la ambulancia iba a tener que venir para ti y no para mí. Y no necesito que venga una, antes de que lo preguntes.-sonrió y eso me alivió bastante, pero admito que me seguían temblando las piernas.- Iba a casa, no es necesario que me acompañes y obviamente no, no tengo otro. No soy tan precavido como muchas mujeres, pero si te sirve de algo, sí, sí llevo un boli.- Cuando lo sacó del bolsillo y me lo tendió no pude evitar soltar una sonora carcajada. -Si me vas a apuntar tu número en la mano o en un papel, tengo que advertirte de que no lo voy a ver.

La cara de gilipollas que se me quedó cuando dijo esas palabras era para grabarla, subirla a Youtube y hacerme millonaria. ¿Qué respondes cuando te dicen eso? Igual soy yo que no estoy acostumbrada a esto, o que soy muy "seria" y reservada con este tipo de temas, pero… joder, me acojoné.

-Lo siento, con mi familia y amigos sonaría gracioso, pero estoy seguro de que te has cagado encima, y no lo digo porque lo huela, aunque tenga el olfato más desarrollado, solo es que te has quedado muda y como que un ciego y una muda no hacen buena pareja… -cuando lo vi partirse de risa, admito que me planteé seriamente salir corriendo. -Perdón… me llamo Iván.

Definitivamente, ese chico no estaba muy bien de la cabeza. Por suerte soy de esas personas que son capaces de reírse de una misma (supongo que para evitar que me duela cuando los demás se burlan de mi), pero eso era demasiado. No me considero una persona muy habladora, ni social, ni entretenida a menos que me conozcas desde hace años, pero este chico, Iván, tenía una habilidad magistral para hacerme sentir como una colilla, hacerme tragar mi propia lengua y querer tirarme al suelo, hacer un agujero con una cuchara y desaparecer para siempre.

-Ahora es cuando dices tu nombre. Vale que no veo tres en un burro, pero tengo la capacidad para saber si sigues de pie como una estatua sin ni siquiera pestañear, o si has salido corriendo como alma que lleva el diablo… Y aunque me parezca extraño y de mirar con un especialista, sigues aquí. –joder con el niño, como para vacilarle.

-Maya, me llamo Maya. Y sí, aquí sigo. No sé si por la curiosidad de saber si eres así de extraño e intenso de normal, por aburrimiento o porque

estoy loca. Pero sí, aquí estoy. –ajá, ten cuidado chavalín que ya estoy espabilando, y una vez que empiezo a hablar cuando estoy nerviosa es difícil callarme. –Has dicho que ibas a casa, con lo cual te acompaño. No porque me sienta responsable de lo que ha pasado, porque obviamente soy el último mono aquí. Te acompaño porque lo único que consigue que no te estampes a cada paso que das está desintegrado, y si te descuidas, lo estará esnifando algún yonki que haya visto polvos blancos revolotear por su nube imaginaria. Ahora solo falta que me digas donde vives, para que podamos salir de aquí, te pueda acompañar y marcharme para seguir con mi súper vida de estrella de Hollywood.

Sonrió, se giró, me enganchó del brazo y comenzó a andar. ¿Qué pasa, te ha tragado la lengua el gato? Caminamos un rato en silencio, tiempo que invertí en fijarme de pies a cabeza en el chico que tenía a menos de 1cm, y tengo que admitir, que me impresionó no darme cuenta de que tan mal no estaba. Llevaba unas Vans negras con cordones blancos, unos pantalones vaqueros pitillo (pero no tan pitillo como para que se le marcasen todos y cada uno de los pelos de las piernas), y un jersey gris de ochos (algo que me parecía demasiado para un día tan caluroso, pero oye, cada cual que se atenga a las consecuencias de su elección de vestuario). Me sacaba dos cabezas, algo normal ya que mi 1’65 no es difícil superarlo, con un brazo fuerte y firme, y una barba de 3 o 4 días a juego con su melena de color castaño claro. El chaval no estaba precisamente para atarlo a un puente y apedrearlo, mejor diría yo para atarlo a un poste y desnudarlo. Mis ocurrencias desorbitadas de vez en cuando me hacían sonreír, y no sé si por las vibraciones, por su sexto sentido o yo que se qué, rompió su silencio, que a mí, por supuesto, no me molestaba.

-Y, ¿qué haces con tu vida? -os juro que la carcajada se me escapó. En serio ¿qué haces con tu vida era una pregunta? ¿Qué respondes a eso? "La normal, la llevo a donde voy, porque creo que es lo que me permite moverme, hablar, insultar... lo típico vamos. Llámame rara." -Vale, veo que no entiendes la pregunta... -que listo es oye. -y antes de que tu mente empiece a desvariar, lo formularé de otra manera: ¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres? ¿Trabajas? ¿Estudias? ¿Tienes gato? ¿Perro? ¿Cómo eres físicamente? Mentalmente prefiero no saberlo... Joder, me parezco a ti.

Vale, me hubiese reído si la pregunta de cómo eres físicamente no me hubiese impactado tanto. Aunque creo que en nuestra situación era la cuestión más lógica. ¿Cómo un chico tan atractivo no iba a querer saber cómo es la persona de la que está agarrado del brazo? Es normal y predecible, pero nunca me lo habían preguntado.

Me encantaría omitir esta parte, para que cada uno me imaginéis como queráis (gorda, fea, paragüera de MotoGP, chupa suelos o la más guarra de mi ciudad), y estoy tentando esa posibilidad, porque es mi historia y la

cuento como quiero, pero me juré que iba a ser sincera en TODO y no cruel, así que no os preocupéis.

-Ehh... 21 años, soy de aquí, no estudio, trabajo para mí, tengo tres perros y muchos animales, soy bajita como puedes comprobar, pero corto (pero no a lo chico) con flequillo, castaño claro y ondulado por no decir inmoldeable, dientes perfectos pero poco sonriente con los seres humanos, tetas no muy grandes pero tampoco pequeñas... vale, no sé por qué he dicho eso... Llevo unas Converse blancas, unos vaqueros pitillo de color claro, una camiseta de Guns 'nd Roses, una chaqueta de cuero negra y un bolso grande del mismo color. No me gusta esa música, pero sí su logo. Y no, no sé qué hago con mi vida. -Cuanto más hablaba yo, más se reía él. No sé si por la cagada de las tetas, porque le gustaba lo que oía o porque no sabía cómo mandarme para mi casa.

-Lo de las tetas ha sido un puntazo. -Cabrón.

-Eso pasa por tirarme de la lengua, que me incitas y no sé ni lo que digo.

-¿Te excito? -intentó hacer una mueca de sorpresa, pero obviamente se estaba descojonando en mi cara.

-Eres consciente de que puedo soltarte en cualquier momento e irme a mi casa, ¿no?

-Bueno, podría seguir tu olor hasta plantarme en la puerta, meneando el rabillo... -La risa que me salió de dentro fue tan sonora que hasta el bebé que estaba en el carrito a 5 metros de nosotros se giró para mirarme. -Vale, el que no sabe por qué ha dicho eso ahora soy yo. -Tengo que admitir que rojo como un tomate era aún más mono.

-Ignoraré tu comentario porque no sé en qué categoría clasificarlo. -suspiró aliviado y no pude evitar sonreír. Al final iba a resultar que era gracioso. -Oye, ¿sabes a dónde vamos?

-Llevo 24 años haciendo el mismo recorrido, cuando te dije que no necesitaba que me acompañases a casa era por algo, pero me alegra que seas tan tozuda...

-Perseverante diría yo... -cada sonrisa que intentaba disimular, me daba más ganas de atarlo al poste que he mencionado antes.

-Llámalo como quieras, pero hacía tiempo que no me reía tanto. -su sinceridad aplastante y su forma de intimidar con las palabras me gustaba, me gustaba mucho, aunque me asustase por momentos.

Paró en seco y por poco no nos comemos a una señora que estaba observando el escaparate de Tous, es más, estuve a punto de ponerle un

caldero debajo porque la forma en la que se le caía la baba con esas joyas no era normal. Me soltó el brazo y rebuscó en sus bolsillos hasta que dio con las llaves. Las introdujo en la cerradura que supuse que era de su portal (soy muy astuta cuando quiero), abrió y me hizo un gesto con la mano para que pasara, y en ese momento no sé si me gustó el ofrecimiento o me asusto como el momento en el que nos conocimos.

-Creo que ya he cumplido mi buena acción del día, pero gracias de todas formas. -Un paso hacia atrás, dos pasos... Sí, soy una maldita cobarde.

-Venga chica, no me seas así. -me regaló una amplia sonrisa y tengo que decir, que de cerca era mucho mejor que desde el otro lado del paso de cebra. -Lo mínimo que puedo hacer es invitarte a una cerveza... Bueno y así le explicas tú a mi madre porque mi bastón está desintegrado.

Já. No era listo ni nada el muchacho. Admito que me moría de sed y una cerveza fresquita me iba a entrar de lujo, pero joder, no me enfrento a mi madre, ¿cómo me voy a enfrentar a la suya? Se me pasaban por la cabeza mil excusas que contarle, o hacerme la borde y la imbécil para que me echase, o mejor aún, salir corriendo. Pero el muy astuto que cada vez me daba más motivos para pensar que tenía un sexto sentido, porque me enganchó del brazo y me metió para dentro, sin darme tiempo de decidir que opción de huida era la más viable.

Su portal era como el típico portal del típico edificio de la típica calle más concurrida del típico Logroño. Por cierto, odio lo típico, aclaración que me he visto obligada a hacer por si no se apreciaba mi tono con retintín. Una alfombra nada más entrar más grande que mi habitación, cristales tapando por completo las paredes de nuestros laterales y tres escalones largos pero de poca contrahuella que te llevaban a otra puerta de cristal. Os juro que odio los portales.

Llamamos al típico ascensor con la típica escalera a la derecha que no utilizaba ni la que se dedicaba a limpiarla. Cuando la puerta se abrió, nos introducimos en esa horrible caja de 2x2 con cristales (otra vez tan típico) rodeando las paredes. Iván pulsó el 5 y me sonrió. No llegué a entender esa sonrisa, no sé si estaba nervioso, disfrutando, apiadándose de mí o disfrutando de la que me venía encima. Porque os juro por lo que más queráis, que si llego a saber lo que me esperaba hago ese agujero en el suelo con la cuchara.

Cuando el ascensor paró y se abrieron las puertas para dejarnos bajar de la dichosa caja, me temblaban las piernas, y mira que ponerme a mi nerviosa no era tarea fácil. Iván me sonrió y a decir verdad, por un momento llegué a pensar que estaba más acojonado que yo, ¿de verdad iba a ser tan intensa la visita a esa casa?

Al abrir la puerta, el olor me golpeó por todas las partes de mi cuerpo, es más, solo le faltó tirarme al suelo, apalearme y escupirme en la cara. Joder (y lo siento por los sensibles), como olía a viejo, a típica casa de persona mayor que es reacia a ventilar por si su amiga humanidad decide abandonarle. Pero eso sí, toda casa que huele de esa manera tiene sus complementos: cocina de gas blanca con manchas de aceite que llevan desde la post-guerra, típico frutero encima de la mesa de formica con su hule rasgado por todos los bordes, cuadros de Jesús o familia cercana, sofás con mantas de punto que no te dejan apreciar ni el verdadero color de dicho mueble, televisión con la telenovela las 24 horas y el más importante de todos, la habitación de la jefa con el rosario enroscado a la lámpara de la mesita de noche. Menuda joya de piso.

-Iván, cariño, ¿dónde estabas? Estaba preocupadísima, creía que te había pasado a... joder. -la cara de asombro-susto-alegría-desconcierto que puso me obligó a sonreír, pero el delantal de tomates, el cuchillo que llevaba en la mano derecha y mis nervios me jugaron una mala pasada, es decir, se me escapó una carcajada que hasta la abuela la oyó, y doy fe de que el volumen de la televisión era demasiado alto. -Ehh... hola... Soy Mari Carmen, la madre de Iván y siento esta aparición estelar, pero no me esperaba que vinieses con una chica. Bueno no con una chica sin más, con una chica como tú. Qué guapa eres, maja. A los hombres de mi familia no les hace falta ver para elegir bien, a la vista está.

Si os digo que la situación era surrealista, me quedaría corta. Cuando comenzó a señalar su cuerpo para demostrar la verdad que contenían sus palabras estuve a punto de pedirle que me clavase el cuchillo, sin importar que había cortado antes. Pero todo fue a mejor, cuando al fondo del pasillo vi a una mujer venir hacia nosotros a paso lento pero firme, con bastón en mano y pelo blanco coronando su figura. La mujer era bajita y de caderas anchas, muy parecida a Mari Carmen, pero con 20 años más. La mujer se presentó como Aurora y corroboró mis pensamientos, era la abuela materna de Iván.

Una vez echas todas las presentaciones pasamos a la cocina y me ofrecieron una taza de café. O mejor dicho, me obligaron a meterme en la cocina, sentarme en una determinada silla y beberme un café, mientras obviamente me acribillaban a preguntas (las cuales no me apetece recitar, no solo porque sean las típicas preguntas aburridas que surgen para tener un tema de conversación, sino porque ya os contaré detalles de mi vida privada más adelante).

En fin a lo que iba, todo marchaba tan bien como podía ir una situación como aquella, hasta que Iván recordó lo que llevaba en el bolsillo y lo puso encima de la mesa. Cuando me fijé en Aurora y Mari Carmen, os juro que temí por mi vida.

-¿¡QUÉ HA PASADO, IVÁN!? -creo que no es necesario que explique el tipo de grito que era, porque dada la situación todos os lo podéis imaginar. -¡DIME QUE NO HA VUELTO A SER ÉL! ¡IVÁN, JURAME QUE NO HA SIDO ÉL!

-Mamá, tranquilízate. Como ves estoy bien. -comenzó a tragar saliva y a dudar, algo que no es bueno lo haga quien lo haga.- Obviamente no lo he visto mamá, pero sí, ha sido él.

-Conmigo no te hagas el gracioso, Iván. -la cara de preocupación de su madre, los ojos rojos de la abuela y los sudores del agredido, no decían nada bueno. -¿Qué ha hecho esta vez? ¿Te ha empujado? ¿Pegado? ¿Amenazado? Ay Dios, ¿qué vamos a hacer?

Los sollozos que salieron de Mari Carmen, se le contagiaron rápidamente a Aurora. Iván estaba de piedra sentado en la mesa sin gesticular ni moverse y yo ahí, en el medio, sin enterarme de la misa la media. ¿Él? ¿El tipo que le agredió hacía un rato lo había hecho antes? Mi odio y mi curiosidad por aquel individuo crecían a partes iguales. ¿Quién mierdas era ese cabronazo?

-Mamá, yaya, relajaros por favor. -cuando ambas se secaron las lágrimas que les corrían por las mejillas y se calmaron, continuó. -Ha pasado lo de siempre. Iba yo tranquilamente andando cuando me ha arrollado, he caído al suelo y me ha roto el bastón. Todo era tan típico hasta que he oído la voz de una loca. -dirigiéndose a mí.- Porque hay que estar loca para hacer lo que has hecho. Es más, quedaros bien con su cara, porque la próxima vez que la veáis será en su entierro en el ataúd. -No pude evitar reírme, pero para que engañarnos, lo que era gracia, no me hacía ninguna. -Bueno pues eso, después de chillar e insultarle, se ha ido, Maya me ha ayudado a levantarme y como no es nada cabezota ni perseverante me ha acompañado a casa. Yo estoy bien, ella es un futuro cadáver y bueno, con el bastón, poco podemos hacer.

Cuando te haces la heroína te encanta escuchar como los demás cuentan tu hazaña, y estaba sonriendo mientras Iván lo hacía, pero la cara de preocupación de aquellas mujeres sobre mi persona, me borró la sonrisa más rápido de lo que esperaba. Al final iba a ser verdad que tenía los días contados.

-Maya, cariño... -Aurora me cogió la mano y un nudo se me empezó a formar en la garganta. -Te agradecemos muchísimo lo que has hecho por nuestro chico, pero no tenías que hacerlo. Cada vez que se lo encuentra pasa lo mismo y va a seguir pasando. Si ninguna de las personas que había alrededor ha hecho nada es porque lo conocen y tienen miedo. Y tú también deberías tenerlo, y gracias, pero de verdad que lo siento por ti. -

Joder con la abuela.

-De verdad que no entiendo nada. -Hablar cada vez se estaba volviendo más duro. -¿Quién era ese chico? ¿Porque te agrede continuamente? ¿Porque debería tenerle miedo? Que me va a hacer, ¿asesinarme mientras duermo? Porque si se dedica a agredir a una persona ciega, dudo que vaya a matarme enseñándome el cuchillo, o la metralleta, o el cortapuros...

-¿Ya empezamos con las 1001 preguntas? -eso me hizo sonreír aunque no estaba el horno para bollos.

-¿Quieres que me calle? Muy bien, lo haré cuando respondas mis dudas. -la situación estaba empezando a agotarme y mi paciencia llegando a su límite. -Cuanto antes hables, antes me podré ir para redactar mi testamento. No sé si regalárselo todo a mis inquisidores, a vosotros o a la beneficencia, ¿qué haríais? -mi amiga del alma, la vena, estaba empezando a hacer acto de presencia.

-Maya, joder, cállate. -y la suya también.- Se llama Víctor. La primera vez que me crucé con él fue hace 6 meses, y pasó prácticamente lo mismo que hoy, solo que por entonces no me lo esperaba. Iba con un amigo que intentó defenderme, pero le pegaron una paliza que estuvo casi dos meses en el hospital. No ha llegado a recuperarse del todo, pero ya no quiere saber más de mí. –A medida que iba hablando se tensaba más y más. A mitad del relato, su madre se levantó con lágrimas en los ojos y se fue de la cocina. Era duro para esa familia lo que les estaba pasando, pero si me había jugado la vida, creo que por lo menos merecía conocer la historia. –Al poco tiempo, volvió a pasar lo mismo, y al darme cuenta de que nadie reaccionaba ni intentaba ayudarme, empecé a sospechar que era la misma persona y que la gente sabía cosas de él que yo desconocía y no eran buenas en absoluto.

-¿Y qué averiguaste?

-Vaya, veo que también eres impaciente… -Intentó sonreír, pero las cosas no estaban para bromas. –Pregunté a gente que conocía y prácticamente nadie tenía valor para hablar de él. En esta parte me parezco a ti, porque fui persistente hasta que alguien me contó algo. –Me gustaba la forma de hablar de Iván, y como intentaba hacer de un mundo un grano de arena, pero la tensión que se le veía en la cara y la mirada perdida de su abuela, me hizo tragarme muchas de las bromas que se me pasaban por la cabeza. –Nadie con quien yo haya hablado sabe de dónde ha salido Víctor, pero todos coinciden en que es peligroso. No en el sentido de que tienes el peligro de enamorarte de él y ñoñerías de mujeres. Es solo que no piensa las cosas, no te avisa. Lo hace y punto.

-Explícate.

-Nunca va solo, siempre tiene a su banda de degenerados detrás. Puede que lo mires de reojo y te pegue una paliza, o por el contrario te sonría. Nunca se mancha las manos ni te dice una palabra, pero si te pone el ojo encima tienes dos opciones: acabar en la cama con él, o darte por muerto.

-Que es prácticamente lo mismo, ¿no?

-No lo sé, yo no lo he visto. –Esta vez soltó una pequeña carcajada que me contagió, pero con la mirada que nos echó Aurora se nos pasó rápido. –Maya, no sé si te va a dar una paliza, te va a matar o se va a querer acostar contigo, pero lo que si tengo claro, es que algo va a hacer. –Agachó la cabeza y se me erizaron todos los pelos. –Ya he cargado con una culpa así una vez, no quiero que vuelva a pasar lo mismo.

Los dos minutos de silencio que le siguieron a esa última frase (la cual se me metió hasta el fondo del cerebro y me levantó lentamente todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo), me advirtieron que la historia había llegado a su fin, o por lo menos, hasta ahí me iban a contar. Lo que se conoce como miedo, o la sensación que a la gente le hace estremecerse y temblar, todavía, no se había apoderado de mí. Pero el sentimiento de lástima tras ver su expresión de culpabilidad me había formado uno de los nudos más profundos que creo que jamás he llegado a sentir.

Sumida en mis pensamientos no me percaté de que Mari Carmen había vuelto a aparecer en la cocina. Le sonreí intentando demostrar que lo que acababa de escuchar no significaba nada, porque cagada no estaba. Esa pequeña muestra de afecto que le intenté regalar me salió remotamente mal, porque el tribunal de la Santa Inquisición volvió a aparecer. Miré a Iván de reojo para que me diese pie a irme, pero estaba tan petrificado y encerrado en sí mismo que no supe reaccionar. Simplemente me acomodé en la silla y esperé la marea incontrolada de preguntas.